

CIEN AÑOS PARA ENTENDER A CATALUÑA

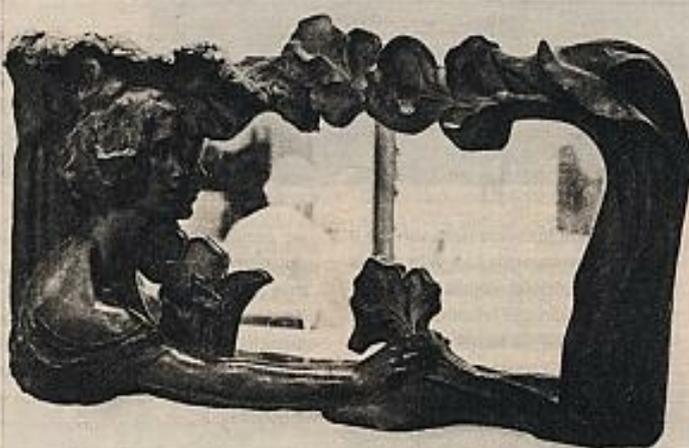
LUIS CARANDELL

MENTIRIA quien, en lenguaje de conferencia, dijese que "Cataluña no necesita presentación". La necesita. La necesita sobre todo en Madrid, del mismo modo que Madrid y España toda necesitan que Cataluña, la cultura catalana, les sea adecuadamente presentada. Y apenas hace falta añadir cuán necesitados estamos todos del mutuo conocimiento entre los pueblos que componen el país en que vivimos. Ni insistir en la necesidad de que lo que acaba de hacerse con la cultura catalana pudiera repetirse con la cultura gallega o con la vasca, sin limitar por ello la lista a las nacionalidades históricas.

Esta exposición, fruto del trabajo de mucha gente, es ante todo un logro de la democracia. Habría sido impensable en la etapa anterior de nuestra historia, cuando un régimen propenso a cortocircuitar las relaciones entre las personas intentó encerrar bajo campanas de cristal las realidades culturales de los diversos pueblos hispánicos, alimentando tan sólo los estereotipos subculturales que pretendidamente les caracterizaban o agitando el secesionismo, a fin de fundar la integración de España más en el miedo y en el recelo que en la comprensión y la concordia.

El visitante de la exposición catalana encontrará alguna aleccionadora alusión a este recurrente "coco" del separatismo, propio no sólo del pasado inmediato, sino de todas las épocas en que se intentó justificar el exclusivo dominio del centralismo. En un chiste publicado por los años veinte en alguno de los periódicos de la gran prensa humorística catalana, reproducido en un panel de la exposición, un político madrileño le dice a un político catalán: "Ustedes quieren separarse de España". Y contesta el otro: "Lo que queremos es separarnos de ustedes".

En una iniciativa que muy bien puede considerarse modelo de lo que debería ser la política cultural, se ha montado en el palacio de Velázquez del Retiro madrileño la exposición "Cien años de cultura catalana (1880-1980)". Si hubiera que inventar un "slogan" para promover publicitariamente la visita a esta muestra, podría decirse que es "imprescindible para entender a Cataluña".



Con esta exposición, Cataluña no pretende separarse de nadie. Al contrario, hace un ingente esfuerzo por dar a conocer su historia y su cultura con el ánimo,

perfectamente integrador, de conseguir que el visitante se separe, eso sí, de la cerrazón y del cúmulo de prejuicios que, durante tantos años, han ensombreci-

do las relaciones entre ella misma y el resto de España.

La idea de montar esta exposición surgió de las conversaciones que un grupo de intelectuales catalanes mantuvieron con el Ministerio de Cultura siendo su titular Manuel Clavero. El actual ministro, Ricardo de la Cierva, apoyó con entusiasmo la iniciativa, según declaran los mismos promotores, haciendo así posible el montaje de la muestra, que permanecerá abierta hasta el mes de octubre.

Bajo la dirección de Francesc Vicens, director de la Fundación Miró, ha trabajado un equipo de intelectuales especialistas en las diversas manifestaciones de la cultura y de las artes compuesto por Joaquim Molas, Josep Termes, Albert Manent, Francesc Fontbona, J. Corredor Matheos, J. Ainaud de Lasarte, Vicente Cacho, Roger Allier y Alexandre Cirici.

El resultado de su trabajo es verdaderamente admirable. La exposición se ha montado con un criterio altamente pedagógico. La historia política de estos cien



años aparece resumida en sus más significativas fechas en grandes paneles situados en el espacio concedido a cada uno de los grandes periodos de la historia cultural, desde la extraordinaria floración artística del modernismo hasta el actual arte de vanguardia.

La primera de las fechas de esta cronología recuerda la celebración, en 1880, del primer Congreso catalanista, promovido por Valentí Almirall. La última, la de las recientes elecciones al Parlamento de Cataluña. El siglo, los cien años exactos que la exposición comprende son precisamente la época de la recuperación y consolidación, con todas las vicisitudes conocidas, de la nacionalidad catalana. La cultura de cada uno de los momentos históricos constituye una insuperable "ilustración" de la expresión de Cataluña como pueblo, como nacionalidad. Y al visitante no le cuesta trabajo comprender que precisamente en su diferenciación está la clave del mensaje integrador que la exposición se propone transmitirle.

El número de piezas, libros, cuadros, partituras, periódicos, que se exhiben se acerca a los dos mil y ello basta para dar una idea de la importancia de esta exposición, especialmente cuando algunas de esas obras se llaman "El arlequín" de Picasso, la formidable colección de dibujos de Ramón Casas, los cuadros de Santiago Rusiñol, la pintura de Anglada Camarassa, Joaquim Sunyer, Joaquim Mir, Jaume Mercadé, Isidre Nonell. O bien, ya en nuestra época, la de Mompou, Clavé, Joan Ponç, Guinovart o Tapies.

En vitrinas y paneles, el visitante podrá seguir la historia de la Renaixença catalana, el gran movimiento literario inseparable de la historia de la reconstrucción política. Libros, manuscritos, retratos de los literatos cata-



Con la exposición "Cien años de cultura catalana (1880-1980)" presentada en el pabellón de Velázquez, dentro de los jardines del Retiro de Madrid, Cataluña pretende dar a conocer su historia y cultura con el ánimo de conseguir que el visitante se separe del cúmulo de prejuicios que ha ensombrecido las relaciones entre ella misma y el resto de España. En la foto, una muestra de las obras exhibidas en la exposición.

lanes, desde Maragall, Víctor Catalá, Ruyra y Costa y Llobera hasta Riba, Espriu y Gabriel Ferrater, pasando por Eugenio d'Ors en su época de "Xenius", ilustran la gran aportación de Cataluña a la historia de las letras.

Quizá el momento más interesante, y paradójicamente también más moderno, en el que se detendrá con especial morosidad el visitante sea el representado por el movimiento modernista, que tuvo en "L'Avenç" su más importante órgano de expresión. Además de Rusiñol y Ramón Casas, cuya colección de retratos podría llevarse por cierto la hipotética "palma" de la exposición, habría que citar aquí las esculturas de Pau Gargallo y concretamente sus espejos, así como algunos muebles de varios artistas y una interesantísima colección de carteles de la época.

La sección dedicada al modernismo es de tal interés que se llega a correr incluso el peligro de que el visitante madrileño identifique excesivamente la cultura de Cataluña con ese particular período que no tiene paralelo en el arte y en la cultura del resto de España. El mensaje de la exposición consiste precisamente en hacer ver la evolución de la cultura catalana desde fines del pasado siglo hasta nuestros días como un todo armónico.

Y no se trata solamente de la cultura que por redundancia podríamos llamar "cultura". Hay también una cultura de la vida cotidiana cuidadosamente recogida en la muestra. Las colecciones de periódicos, los semanarios humorísticos podrían inscribirse en esta línea. La historia del movimiento obrero está también representada, no solamente como hecho histórico y político, sino en su dimensión cotidiana. Viene a la memoria, por ejemplo, para terminar esta incompleta referencia, una deliciosa fotografía de Andreu Nin, en la cual aparece el líder obrero en casa del sastre probándose un traje.

La exposición "Cien años de cultura catalana" tiene, en fin, la calidad de las cosas bien hechas. Y es un testimonio insuperable de la historia de Cataluña, que es como decir de una parte esencial de la historia de todos los españoles. ■ Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

CATALUNYA T'ESPERA

